

E715

M4



FONDO MINISTERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Queda asegurada la propiedad literaria y hecho el depósito conforme a la ley.



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

00000



PROLOGO.



No sin justicia el conflicto entre España y los Estados Unidos ha atraído las miradas del mundo entero. Los hombres reflexivos de Europa y América esperaban, con el corazón palpitante, el resultado de una lucha que, en realidad, no era otra cosa que el certamen en que dos razas, esencialmente antagónicas, se disputaban la supremacía sobre el Continente descubierto por Colón, y en los varios sucesos de una guerra que, tanto por su duración cortísima, como por el escaso número de los combatientes, parecía de poca monta, veían no la guerra misma, sino la solución de este problema que lleva un siglo de planteado: ¿ejercerá ó no el sajonismo, la hegemonía en esta parte del mundo?

Y la expectativa ansiosa de lo que la suerte de las armas decidiera, era mayor todavía en los pueblos latino americanos, que, aunque obligados por el Derecho Internacional á guardar correcta actitud de neutralidad, no podían presenciar sin emoción profunda el desenlace del drama que habría de decidir de sus futuros destinos. De todos esos pueblos, el nuestro es el que, por razón de su situación geográfica, ha manifestado mayor ansiedad por los resultados de la pelea; y conocerla en todos sus detalles es una necesidad imperiosa, no de curiosidad histórica ó de reflexiones sociológicas, sino de interés vital.

006055

Allá muy en el fondo de nuestros corazones de mexicanos, de hijos de los vencidos de Churubusco y del Molino del Rey, palpitaba muy vivo el deseo de que las armas españolas pusiesen un valladar insuperable al coloso anglo-sajón. Del triunfo de ellas, del castigo de la arrogancia y de la avidez norte americana, dependía el que México tuviese un plazo de medio siglo de seguridad, durante el cual, organizándose y robusteciéndose á la sombra de una política juiciosa y progresista, podría seguramente constituirse en potencia capaz de defender su existencia como nación.

El Dios de los Ejércitos, como diría el Presidente de los Estados Unidos en sus proclamas, atribuyendo á causas metafísicas sucesos que la tienen natural y muy clara y evidente, se declaró resueltamente partidario de los norte-americanos. A pesar del heroísmo de los soldados y de los marinos españoles ese Dios parece que decidió que en las altas esferas políticas de España existiese un hastío profundo y un cansancio invencible en cuanto á las cuestiones coloniales se refería, y ese cansancio y ese hastío, los cuales hacían considerar á los políticos de la Madre Patria como una fortuna la pérdida de las Antillas, que tantos quebraderos de cabeza les producían y tantos sacrificios estériles á la Nación, determinaron la premura con que, casi sin combates, ó combatiendo únicamente por salvar el honor de las armas y la dignidad nacional, el Gabinete presidido por Sagasta abandonase la partida, comenzada con los ojos puestos, no en la victoria, sino en una paz que diese un pretexto honroso para el abandono de las colonias de América. No es España ciertamente, la cual, en realidad, gana con la pérdida de Cuba y de Puerto Rico; es la raza latina de Europa y América la que algún día pedirá al actual Gobierno Español, y ante el tribunal de la Historia, estrecha cuenta de su egoísta conducta. Aunque, si hemos de ser justos, tendremos que confesar que esa raza habría podido, ó por lo menos debido hacer algo en pro de su propia causa, y no dejar á España sola en la palestra, como dejó á México en 1846.

No cabe duda, pues, que en el sentido político, la cuestión de la hegemonía sobre el continente americano se resolvió en favor del sajonismo. No habrá ya quien dispute á los Estados Unidos la supremacía sobre las naciones de origen español.

¿Pero con esto quedó definitivamente resuelto el caso? No encontrará ya el espíritu yanqui resistencia en su obra de sajonización de la América?

En el orden político, en el de la fuerza de las armas, quizá en el del comercio, no cabe duda. Pero en otro orden, en el moral, en el de las costumbres, el de la civilización peculiar del latinismo, todavía hay mucho que decir. Moralmente, España no está vencida en América.

Las cuestiones de conquista, de gobierno, de dominio político se resuelven en una sola batalla, no así las morales, las de civilización, que requieren un combate incesante durante siglos enteros, y que, á las veces suelen resolverse en el sentido de la victoria de los vencidos por la fuerza de las armas. No aconteció otra cosa con los bárbaros vencedores del Imperio Romano. Los conquistadores fueron conquistados por aquellos mismos que se doblegaron bajo el yugo; y, quizás sean buenos deseos de nuestro ferviente latinismo, pero no desesperamos de la causa latina en América, á pesar de la reciente derrota de España.

En el punto verdaderamente importante, en el de la influencia moral del espíritu que la Madre Patria, semejante en América á Roma en el mundo antiguo, supo infundir á los pueblos de este Continente, la victoria no es aun del sajonismo.

Bien puede España haber perdido sus últimos pedazos de tierra en esta parte del mundo que pobló con su sangre y cultivó con su genio. No por eso habrá sellado el acta de definitivo divorcio de las naciones que son sus hijas. Su espíritu, esparcido desde México hasta el Cabo de Hornos, con su lengua con sus costumbres, con su religión, seguirá impetando á pesar de todas las victorias del sajonismo en el terreno de los hechos. Todavía habrán de transcurrir muchos siglos sin que deje de ser la América Española una prolonga-

ción de España del lado de acá, del Atlántico: innumerables generaciones de hispano-americanos habrán de sucederse antes de que la última deje de encaminar sus miradas y sus sentimientos hácia la noble tierra de donde vino á este Continente la vida del alma, con las creencias, el idioma y las costumbres, y algo de la vida étnica, con la sangre infundida como savia en el árbol de la población indígena. Una ley sociológica ineludible, una ley que no puede ser abolida por medio de batallas ganadas lo exige así. Y esta ley, la ley de herencia es tan imperiosa para España, obligándola á no apartar su atención de la América que civilizó, como para las naciones que de la colonización española proceden.

Por lo que á España se refiere la ley de herencia consiste en la herencia de ella misma; es decir, la misión de la España actual y futura, continuando la tarea que en América se impuso la España del tiempo de Isabel la Católica. El pasado de las naciones, lo mismo que el de los individuos, les forma á las unas y á los otros, obedeciendo á la ley citada y siempre vista en la Historia, ciertos antecedentes peculiares, de los cuales no pueden prescindir en su vida subsecuente: porque estos antecedentes, del género intelectual y moral, imprimen á sus respectivos caracteres un sello especial, una *ídió sincrasia*, que les dá forma propia y viene á ser parte constitutiva de su existencia psicológica. España por su pasado, está ligada á América de tal manera, que, aun contra la voluntad pasajera de una ó dos generaciones de españoles, no podrá prescindir de sus afectos maternos hácia los pueblos hijos de su sangre y de su espíritu.

Pero más evidente é imperiosa se manifiesta esa ley de herencia en los pueblos que España formó en el mundo descubierta por Colón. No obstante que el medio ambiente en que se han desarrollado les ha imprimido cierta diferencia del tipo genuino español, y á pesar de que la diferencia existía ya desde el principio, debido á que esos pueblos no son productos puros de la familia ibérica, sino procedentes de la inserción de la savia de esta raza en árboles indígenas, como,

en sociología, la raza no se determina por causas étnicas, ni físicas, sino por motivos psicológicos, es evidente que la herencia que España les dejó, y que no es más que la identidad de sus aptitudes morales é intelectuales con la de los españoles, les impone como una necesidad su unión estrecha, en el orden de los sentimientos y de las manifestaciones del espíritu, con la Madre Patria. Así como no pueden prescindir del idioma que España les legó, porque es la base de su vida intelectual, tampoco podrán prescindir de aquellos sentimientos, que son el cimiento de su modo de ser moral. Para renunciar á ellos, necesitan dejar de ser lo que son, ó lo que es lo mismo, perder su vida nacional. En los pueblos hispano-americanos, la conservación del españolismo que heredaron es una necesidad de existencia. Si España se ve obligada, por sus antecedentes históricos, á permanecer unida moralmente á sus hijos de América, estos le están, por interés vital, á no romper los vínculos que los ligan con aquella.

Puede decirse más todavía: para los hispano-americanos, la necesidad de conservar incólume la herencia española que recibieron con el ser, es más fuerte hoy que antes, hoy que el peligro del sajonismo triunfante se presenta más amenazador que nunca. Ahora es cuando deben los pueblos americanos que reconocen un origen latino fomentar y cultivar con más empeño los caracteres de diferenciación propia que constituyen su independencia nacional; y ya que España, vencida, no puede darles el apoyo de sus armas, que al menos busquen, en la conservación de las tradiciones ibéricas, el apoyo moral que fortalezca su ser genuino.

No hay que desesperar, pues. En el libro del cual es prólogo este humilde escrito, se verá como, á pesar de los prodigios de heroicidad del tipo individual español, representado por la marina y el ejército de tierra, la España política rindió las armas, casi sin resistencia, por razones de conveniencia que no nos es dado valorizar. Pero perdamos cuidado los latino-americanos: todavía la partida no está ganada por el sajonismo, todavía pasarán siglos y más siglos, antes de que

nuestro espíritu, nuestra lengua, nuestras costumbres y nuestra civilización, latinas todas ellas, sean arrastradas por la oleada del Norte.

España vencida en el campo de los hechos, sigue siendo la dominadora de más de las tres cuartas partes del Continente Americano, en el terreno moral.

FRANCISCO G. COSMES.



INTRODUCCION.



Ardua y difícil nos parece la tarea de escribir la historia de la guerra hispano-americana en estos momentos que humea en los campos de batalla la sangre de dos pueblos amigos; cuando la suerte ha sido adversa á la nación tradicionalmente noble y valiente, ligada á nuestra raza por el origen, llena de heroísmo aun en la adversidad, para la cual, hoy lo mismo que ayer, no tenemos mas que palabras de admiración y respeto; cuando los tratados de paz y la cesación de las hostilidades no bastan aun á extinguir por completo los bríos de los antagonistas; cuando aun llegan hasta nosotros los bélicos sonos mezclados con los ayes desgarradores de las madres, de las viudas y huérfanos, que lloran, maldiciendo el paso por la desolada tierra, de ese monstruo de las aberraciones humanas que se llama *la guerra*.

Ante el sombrío cuadro que se desarrolla á nuestra vista en los campos de batalla, parecería mejor correr un velo sobre el luctuoso pasado y relegar al mas hondo olvido estos hechos infaustos, extravíos de la humanidad, reiterados al presente, para baldón de la cultura moderna, con la misma insensatez con que acaecieron en los pueblos antiguos.

Sin embargo, el cúmulo de versiones que llegaron hasta nosotros durante el curso de la guerra, absurdas algunas, contradictorias muchas é inexactas las mas; las dificultades con que se tropieza para restablecer la verdad de los acontecimientos, apoyándose sólo en las noticias cablegráficas, única fuente que hasta hoy las ha suministrado á la mayoría del público; y, finalmente, el deseo de presentar un resumen ordenado y breve de estos acontecimientos, con la mayor claridad y exactitud, útil para aquellas personas cuyas ocupaciones no les permiten dedicarse á la lectura de una obra completa sobre la materia, nos han decidido á afrontar las escabrosidades de seme-